

macéutico lleno de contraveneno contra los mordiscos de las serpientes á los cuales compara las herejías. Dedicó esta obra á los dos abades susodichos en una carta preliminar que sirve de prefacio á todo el libro.

Saldríamos de nuestro propósito si quisiéramos hablar aquí de los trabajos que este gran doctor de la Iglesia emprendió para el sostenimiento de la fé ortodoxa, y de las obras que compuso para preservar á los fieles del veneno de los herejes. Se puede ver lo que han dicho de él aquellos que han tratado de la historia de la Iglesia, ó que han dado análisis de los escritores eclesiásticos. Nosotros sólo notaremos, por lo que toca á nuestro objeto, que en la refutación que en su *Ancorat* hace de diferentes errores se reconoce su amor á la vida monástica por la exhortación que allí hace en favor de esta santa profesión. Dió á esta obra el título de *Ancorat*, porque en ella reunió todos los pasajes de la Escritura que sirven para fortalecer nuestra fe, á fin de que pudiese, como el ánora de un navío corroborar los fieles en la doctrina ortodoxa en medio del oleaje de la herejía.

En su exposición de la fe católica hace una descripción de las diferentes observancias que los religiosos de su tiempo practicaban. Dice que unos moraban en las ciudades, y otros huyendo enteramente del comercio de los hombres, se retiraban en los monasterios que estaban en la campiña. En cuanto á la nutrición, los unos no comían ni carne, ni huevos, ni queso, ni pescado; y los otros se prohibían solamente la carne de cuadrúpedo, y comían la de pluma y otros alimentos ordinarios; otros sólo comían huevos y pescado, y otros no más que pescado; que había que se permitían el queso, del cual se privaban otros; que algunos se prohibían el uso del pan no comiendo más que yerbas; que otros no comían frutos ni aun nada cocido. Añade que muchos se acostaban en el suelo; que otros an-

daban á piés desnudos, que otros llevaban un cilicio bajo sus hábitos; que la mayor parte se abstentaban de los baños, por más que esto fuese en este país una grande mortificación; que algunos ejercían pequeños oficios fuera para evitar la ociosidad, fuera para subsistir de su trabajo; y que la principal ocupación de los monjes era la oración, la salmodia y la lectura de los Libros santos. Los herejes de los últimos siglos que han querido combatir las prácticas de la vida religiosa, no deben olvidar que san Epifanio habla de las excelencias monásticas del siglo cuarto. Los que están al tanto de la controversia saben de que consecuencia es esta fecha contra ellos.

Además de muchas otras obras que este santo doctor compuso para el sostén de la fe é instrucción de los fieles, su celo por el mismo objeto también le hizo emprender muchos viajes y aun el de Roma; pero en el último de su vida que hizo á Constantinopla, se apercibió un poco tarde que bajo pretexto de combatir allí los errores de los origenistas, inconsciente servía de ministro á las pasiones de Teófilo de Alejandría, perseguidor de san Juan Crisóstomo, quien lo había engañado como había igualmente engañado á san Jerónimo. Pero al momento que lo hubo comprendido se arrepintió de haber ido á la ciudad imperial por un asunto tan denigrante, y se apresuró muchísimo en volver á su iglesia. Como fuera á embarcarse, dijo á los obispos á quienes las intrigas de Teófilo habían reunido allí antes de su llegada: « Yo os abandono la ciudad, el palacio y la escena, y me apresuro á retirarme, y jamás podré haber salido bastante de este lugar. » Esto demuestra que había descubierto la maniobra de Teófilo y de los obispos de su facción para vengarse de San Juan Crisóstomo y hacerlo deponer, y que no había querido tomar parte en una empresa tan odiosa é injusta. No tuvo el consuelo de ver nuevamente á su iglesia; pues murió en el camino á la edad

de más de ochenta años, hácia el año 403, habiendo pasado al menos treinta y seis años en el episcopado.

Se cuentan de él muchos milagros, que hizo durante su vida, y también después de su muerte. También se lee en la colección de las *Vidas de los Padres de los desiertos* que Dios le reveló la penitencia de dos solitarios que habían caído en una falta por la cual habían sido separados de la comunión por el arzobispo de Alejandría y por otros obispos. Sozomeno dice que á buen seguro Dios le había hecho conocer que el tiempo de su muerte estaba muy próximo, cuando adelantó tanto su salida de Constantinopla.

Este gran Santo escribió la vida, ó más bien un elogio de san Hilarión, en una carta que se hizo muy pública; pero hoy ya no la tenemos. También escribió la historia de san José sobre llamado el Conde, que es muy curiosa y edificante; no será por demás poner aquí su resumen, aunque no se refiera á la historia monástica.

El Conde José, Judío de nacimiento, era de Tiberiades en Galilea, de una familia muy distinguida. Fué elevado á la dignidad de Apóstol, es decir, colocado entre aquellos que ocupaban el primer lugar cerca del patriarca de los Judíos y que formaban su consejo. En su tiempo Hillel, de la prosapia del famoso doctor Gamaliel, quien había sido maestro de san Pablo, estaba revestido de la dignidad de patriarca y era por consiguiente jefe de la nación. Habiendo caído enfermo y estando para morir, hizo llamar al obispo vecino de Tiberiades para que fuera á verlo y le diera el santo bautismo bajo pretexto de medicina. El obispo consintió á título de médico; preparó un baño como un remedio útil al enfermo, mandó que todo el mundo se retirara como por pudor, y le bautizó.

José estaba en la puerta, y la curiosidad lo llevó á mirar por las rendijas, de suerte que vió todo lo que allí sucedió. También dijo que después de la ceremonia el patriarca dió

al obispo una considerable suma de oro diciéndole « Ofreced esto por mí, pues escrito está que aquello que los sacerdotes de Dios desatan sobre la tierra desatado queda en el cielo. » José hizo sobre el particular muchas reflexiones, que después aun llegaron á ser más serias. Entre tanto el patriarca murió, y su hijo, llamado Judas aun muy joven, le sucedió bajo la tutela de José y de otro personaje de consideración. Así estos dos tutores lo gobernaban y disponían de todo, tanto en calidad de tales como de principales consejeros.

Las reflexiones de José aumentaron por un descubrimiento que le puso en las mayores perplejidades. Había en Tiberiades un gabinete destinado para el tesoro, que, á más de las cerrajas ordinarias, estaba aún cerrado con el sello público del patriarca. Muchos judíos deseaban saber lo que allí había, y José, tocado de la misma curiosidad que los otros, la abrió secretamente, confiando en su autoridad de tutor; pero en vez de hallar en ella oro y plata, halló el *Evangelio* de san Juan, el de san Mateo en hebreo y las *Actas de los Apóstoles* traducidas á la misma lengua. Leyó estos libros con mucha atención; y esto añadido á lo sucedido en el bautismo de Hillel le hizo nacer diversos escrúpulos sobre su religión.

Aun quedó más emocionado cuando el patriarca Judas, creciendo en edad y entregándose á los excesos hasta el punto de emplear la magia para seducir á las mujeres, vió que el nombre de Jesucristo y la señal de la cruz habían inutilizado los hechizos de que se había servido para pervertir á una mujer cristiana; pero todavía no se pudo determinar á hacerse cristiano.

Algun tiempo después Jesucristo, que quería atraerlo á sí por las pruebas más señaladas de su misericordia, le apareció en la noche, y le dijo « Yo soy Jesucristo á quien tus padres crucificaron; cree en mí; » Pero él no se rindió.

Después cayó enfermo de tal manera que no había esperanzas de salvarle. El Salvador se le apareció de nuevo, y le dijo que si creía sería curado. Él lo prometió, pero no cumplió su promesa. Cayó en otra enfermedad tan peligrosa como la primera, y como creyeran que iba á morir, un viejo doctor de la ley se acercó á él y todo bajito le dijo á la oreja : « Creed que Jesucristo crucificado bajo Poncio Pilato es el hijo de Dios, que nació de María en el tiempo, que es el Cristo del Señor, que resucitó del sepulcro, y creed que vendrá á juzgar los vivos y los muertos. »

Sin duda que uno se admirará al ver que los doctores de los Judíos reconociendo la divinidad de Jesucristo, su cualidad de Cristo y Mesías, su resurrección y su última venida para juzgar las naciones, permanecieran no obstante en su obstinación ; pero el respeto humano los tenía cogidos por todos lados : y san Epifanio, que había oído todo cuanto acabamos de decir de la boca misma del Conde José, asegura también que hablando con otro doctor de los Judíos, amigo de los cristianos, y queriéndole convencer de que el Cristo había venido, vió que consentía á cuanto le decía, y le dió por razón que habiéndose hallado en peligro de muerte oyó que otros Judíos le dijeron á la oreja : « Jesucristo Hijo de Dios, quien fué clavado en la cruz, es el que os debe juzgar, pero el temor de los otros Judíos lo retenía aún bajo el yugo de la ley.

No obstante no triunfando de su obstinación las diversas apariciones de Jesucristo, y el testimonio formal de sus enemigos, este adorable Maestro se le apareció por cuarta vez, y para colmo de favor, después de haberle reprochado su incredulidad le prometió para asegurarle de la verdad de nuestra fe, que si deseaba hacer algun milagro, no tenía más que invocar su santo nombre y que le oiría al momento.

José hizo la prueba, libró del demonio á un poseso que

en Tiberíades corría todo desnudo por toda la ciudad, quien era conocido de todo el mundo. Este milagro hizo decir á los Judíos que José había leído en el tesoro el nombre de Dios, por el cual lo había obrado ; pues creían que aquel que sabía la verdadera pronunciación de este sagrado nombre era dueño de la naturaleza ; y así es como ellos explican el poder que había tenido Jesucristo de hacer milagros.

Sin embargo el corazón de José aun permaneció endurecido hasta que por fin Jesucristo lo venció con los castigos, no habiendo podido ganar con sus favores. Fué enviado por el patriarca á Sicilia para llevar las décimas y primicias que los Judíos venían obligados á pagar, y estas misiones le daban más amplio poder para corregir los abusos y deponer de su dignidad á los príncipes de las sinagogas, á los sacrificadores y á los otros de un orden inferior á quienes encontraba culpables. Quiso, pues, ejercer su cargo con más integridad que lo que deseaban los culpables, y se atrajo su odio. Dios se sirvió de ello para su conversión. En la ciudad estaba hospedado cerca de la iglesia de los cristianos ; y habiendo contraído amistad con el obispo, le rogó le prestara secretamente los Evangelios para leerlos en sus ratos de ocio. Los Judíos expiaban sus acciones á fin de hallar medio de satisfacer su cólera, y habiendo un día entrado á tropel en su habitación lo sorprendieron aplicado á esta lectura. Para ellos fué este un crimen capital que excitó todo su furor. Se arrojaron sobre él, lo echaron por tierra, lo llenaron de golpes y de injurias, lo arrastraron en seguida á su sinagoga donde le azotaron cruelmente, y hubieran pasado más lejos si el obispo que le había prestado los Evangelios no hubiese acudido en su auxilio. Otra vez habiéndolo encontrado en un viaje cerca de la orilla del Cydno, lo atacaron y le echaron al agua, creyendo que allí se ahogaría ; pero Dios por su misericordia lo libró de ello,

y en fin se determinó de veras á abandonar la sinagoga y á recibir el santo bautismo.

La vida que después llevó probó que su conversión era sincera, pues la Iglesia lo honra como Santo, haciendo mención de él en el Martirologio el 22 de julio. Sus quehaceres, ó más bien las persecuciones de los Judíos, le obligaron á ir á la corte; donde fué recibido favorablemente por el emperador Constantino, á quien relató toda su historia. El príncipe le dió el título de Conde, tanto para honrar su memoria como para ponerlo á cubierto de los insultos de los Judíos. Añadió á esta prueba de honor que le podía pedir todo cuanto deseara; y José, como hombre desinteresado por sí mismo y celoso únicamente por la fé de Jesucristo, sólo le suplicó que le diera por escrito un poder para hacer construir iglesias en Cafarnaúa, Tiberíades, Nazareth, Diocesàrea, Séforis y en algunas otras plazas que los judíos aun tenían en la Galilea, queriendo que en dichos lugares no fuera admitida una religión diferente de la suya; lo que Constantino le concedió por un rescripto.

José en Tiberíades lo quiso poner en ejecución; los Judíos emplearon su magia para impedir que el fuego tomara en los hornos que había hecho construir al rededor de la ciudad para cocer la cal que necesitaba, pero habiéndolo él sabido y dudando de donde venía el mal, corrió allí seguido de una multitud de Judíos curiosos para ver lo que haría, y tomando agua en un vaso, que bendijo con la señal de la cruz, arrojó una poca en cada horno, pronunciando en alta voz estas palabras: « En nombre de Jesús de Nazareth, á quien mis padres y los de este pueblo que me rodea crucificaron, que esta agua tenga la virtud para contener toda la magia y todas las fascinaciones que impiden á este fuego de encenderse, á fin de que produzca su efecto natural, y sirva para construir la casa y el templo del Señor. » El fuego se encendió al momento á la vista y para la confu-

sión de los Judíos, quienes no pudieron dejar de exclamar que aquel que asistía tan poderosamente á los cristianos era el sólo Dios verdadero; pero se quedaron en su endurecimiento.

En cuanto á José, dejó después á Tiberíades y se fué á Scytópolis⁴. Patrófilo, uno de los más furiosos arianos, era entonces obispo de este lugar, y los arianos estaban protegidos. Su cualidad de Conde le puso á cubierto de las persecuciones de este obispo hereje, quien no ignoraba cuanto José se había opuesto á su secta. También cuando san Eusebio de Verceil fué desterrado por el emperador Constancio á Scytópolis, José le hizo encontrar en su casa, en la cual le hospedó, las dulzuras de su patria en lugar de un destierro. La reputación de san Eusebio le atrajo muchas personas de los alrededores, fuera para aprovecharse de sus instrucciones, fuera para regocijarse con él del destierro que sufría por la gloria de Jesucristo. San Epifanio fué de este número, y en esta ocasión fué cuando aprendió de la boca misma de José toda la historia maravillosa de su conversión. Después la insertó en su grande obra contra las herejías. Baronio la puso muy por extenso en sus *Anales*. El santo Conde tenía setenta años cuando contaba ésto á san Epifanio, y hay probabilidades de que murió poco tiempo después, hacia el año 355.

⁴ Primitivamente se llamaba Bethsán, ciudad de Palestina en Samaria. Su fundación se atribuía á los Sitos. Hoy se le llama Bisán.